

en Cetina, arte de nervios de nuestra neurótica España, que desafía el espíritu del siglo de la razón por boca de Feijóo con la antítesis entre cordura y poesía, con el elogio del furor y del raptó de la mente; triste aspiración al infinito, que feria la morada de Dios con aquella deliciosa tristeza del gótico español que describía Capmany; lágrima española que vaporizaron sin cambiar su esencia las glorias del siglo de oro, y fué entonces el hálito creador de Don Quijote, y cristalizada en el frío de la decadencia colectiva sentido por Quevedo y Gracián, fué el cristal a través del cual vió Quevedo en el «Mundo por dentro» «Las zahurdas de Plutón», y Gracián el campo por cuya anchura la conceptualización de Schopenhauer sistematizaría metafísicamente el dolor: lágrima que se mezcló con los colores de la paleta de Velázquez y con la sangre de sus figuras inmortales, y substituye, al fin, en la mano del infante don Carlos la espada por el dedo de un guante, y estiliza al niño Príncipe Baltasar, y allí a sus pies un perro que, quizás para ser siempre fiel, cierra los ojos en medio de la que llorando cantara Fr. Luís de León «la espaciosa y triste España».

¿Es hoy esta lágrima (que dió lugar a una de las más hermosas «Voces de la sombra interior» del poeta hispanoamericano Luís Urbina), es hoy sangre prócer cohibida en el vaso de exiguas limitaciones después de avezada a borbollar en el océano de las épicas grandezas iluminadas por un sol sin ocaso?

Mas entonces, cuando estuvo la raza en los montes de la gloria y de las épicas acciones, ¿por qué lloraba? — ¿Era que cuando estaba en la cima, anhelaba los ho-

